QUINCE DÍAS DE MÉDICO INTERINO

A las diez de la mañana del 26 de junio de 1917, recogí en las oficinas de la secretaría de la Universidad de La Habana mi título de Doctor en Medicina y Cirugía. A las diez de la noche de ese mismo día, tomaba el tren en la estación terminal para trasladarme al central «Carreño», donde comenzaría a ejercer mi profesión al día siguiente.

El médico de ese ingenio azucarero planeaba disfrutar de unas vacaciones de quince días en La Habana y necesitaba que alguien lo sustituyera. Mi fraterno amigo Paquito Rabasa había estado en comunicación con él y se disponía a desempeñar la interinatura. Pero, posteriormente, recibió la oferta del nombramiento, con carácter estable, de médico municipal de Jatibonico y determinó aceptar esa proposición más ventajosa. Le habló de mí al compañero del central «Carreño» y éste aceptó su recomendación.

Las condiciones no podían ser más ventajosas para mí. Me ofrecía casa, manutención, sirvientes, caballo y la parte proporcional del sueldo del ingenio. Los honorarios devengados por las consultas y las visitas particulares, me corresponderían. Yo quedaba obligado a la atención médica de los accidentes del central, que se encontraba en aquella época del año en período de reparaciones.

Varios compañeros tomaron el tren esa misma noche, con destino a distintas localidades, y un grupo de nuestros más íntimos condiscípulos fue a despedirnos.

Además de mis artículos personales, llevaba unas polainas de mi hermano Julio, el revólver y la pluma de fuente de mi compañero José Antonio Llama —dos armas a cual más peligrosa—, cuatro pesos y medio y la Cartilla de Bertillón⁴

A la caída de la tarde, llegué a la estación más cercana al ingenio. Tenía esperanzas de que me hubiera ido a recibir mi colega, pero no fue

⁴ Cartilla de Bertillón: Clasificación numerada de las causas de muerte que se emplea para expedir los certificados de defunción.

así. Me informaron que para ir al central se tomaba un transporte que saldría inmediatamente. Le pedí al conductor que me indicara donde debía bajarme para ir a casa del médico. Prometió hacerlo, pero me informó que él creía que el médico estaba en La Habana.

Nada tan propicio para sembrar la zozobra en mi espíritu como esa noticia. Sin embargo, al acercarnos a la casa, la calma volvió a mí. Se veían luces, un perro ladraba furiosamente y, en un fonógrafo chillón, se oía la voz aguardentosa de Regino López.⁵

Mi compañero, el doctor Antonio Rodríguez, me recibió afectuosamente. Era un hombre delgado, de corta estatura y todavía joven. Según Pitigrilli, cuando una persona es todavía joven, ha empezado ya a ser vieja. Me presentó a su esposa, algunos años más joven que él y de rostro agraciado. A pesar de tener varios años de casados, no habían tenido descendencia.

La casa era de madera y tejas y al frente de la misma, había un hermoso y bien cuidado jardín. Cerca de ella, en una construcción independiente, se encontraba un local donde estaban instalados, separados tan sólo por un tabique, los dos consultorios, médico y dental.

A la mañana siguiente, visitamos los enfermos que él tenía en tratamiento y de cuya asistencia quedaría encargado yo. Fuimos a la farmacia, al departamento comercial, me mostró el gabinete de consultas y, esa misma tarde, tomó el tren hacia La Habana. Quedé, de golpe y porrazo, desempeñando el cargo de médico del central «Carreño» y convertido en la Academia de Ciencias de aquellos contornos.

Y vinieron los clientes y, con ellos, algunas dificultades de las que, afortunadamente, pude salir airoso, al extremo de que, a la terminación de mi estancia allí, algunos creían deberme la vida y pocos, muy pocos me debían los honorarios.

Para mí ese medio ambiente tan nuevo, que me resultaba en extremo interesante. El lenguaje, los modales y el carácter del campesino constituían para mí motivos de estudio. Mucho me ayudó en esto el boticario, que tenía una larga experiencia. Él lo clasificaba de una manera muy simplista, en dos grupos: buenos y malos, según que pagaran inmediatamente o fueran morosos en la liquidación de sus adeudos.

⁵ Regino López: Popular actor cómico de la época, que era director de 1ª compañía del teatro «Alhambra».

Recuerdo que, cierta vez, vino a buscarme un campesino para que atendiera a su esposa, que estaba de parto. Como vivía lejos y quería evitar tener que regresar a buscar algún instrumento necesario, me dijo:

—Médico, lleve todos los hierros aparentes.

Me hizo mucha gracia ese calificativo, que consideré completamente disparatado. Sin embargo, al regreso, consulté un pequeño Larousse que tenía en su biblioteca mi colega y encontré, para mi sorpresa, que una de las acepciones de «aparente» es «conveniente, adecuado». De modo que, egresado de la universidad, fui al central «Carreño» para aprender, de boca de un campesino, el significado de una palabra.

Era el boticario un tipo muy simpático, natural de la Coruña, parlanchín, ligeramente obeso, de movimientos torpes y cuya cara estaba orlada por una barba entrecana, de' no menos de cinco días. Me enteré que no se afeitaba por dos razones: porque le dolía y porque no merecía la pena. Se contentaba con recortarse la barba, de tiempo en tiempo, con una tijera.

Las veladas en el central constituían para mí un verdadero problema, no había cine, no tenía amigos a quienes visitar y el único punto de reunión era la farmacia. Los contertulios habituales eran el carnicero de al lado y el frutero de la esquina, todos gallegos.⁶

Faltaban en la tertulia dos figuras habituales en reuniones análogas: el maestro, que disfrutaba sus vacaciones y el secretario del juzgado, que no estaba presente por la sencilla razón de que en el central no había juzgado.

Los temas de la conversación lo constituían el precio de la carne, el cultivo de frutos menores, la nostalgia de la tierra y la guerra europea que se encontraba en su fase más activa. Los más se declaraban pacifistas y eran partidarios de que España se mantuviera fuera de la contienda. Sin embargo, alguno opinaba que debía tomar partido por los abados y exigir, a la hora del triunfo, la devolución de Gibraltar.

Los lunes y los viernes se rompía la monotonía habitual con la llegada del dentista, que establecido en un pueblo cercano, daba consultas dichos días en el ingenio.

Alto, delgado, calvo, de nariz larga y ganchuda y rematada su cara a ambos lados por enormes orejas. Cuando se le oía hablar durante un

⁶ La inmigración española, en aquella época, era muy numerosa y, prácticamente, icaparaba el comercio.

cuarto de hora, se hacía el diagnóstico de que no sabía nada de nada, lo que naturalmente le autorizaba a hablar de todo.

Como teníamos nuestros consultorios contiguos, con frecuencia me llamaba para consultarme sobre la profundidad de una carie o sobre la solidez con que un premolar estaba insertado. Más tarde supe que aquellas consultas al médico, que presentaba al público como poseedor de iguales conocimientos que él —y era cierto— tenían un fin práctico. En caso de fracaso, alegaba que el médico también se había equivocado.

Su gabinete era muy pintoresco. Una sala espaciosa completamente desmantelada y ocupada, en su centro, por un sillón que perteneció a un barbero y junto a él una mesa de pino sobre la cual extendía un periódico donde colocaba numerosos pomos con tapas de corcho y los más con taponos de papel retorcido, cuyo contenido constituía un misterio para mí... y para él. Su instrumental consistía en algunos forceps oxidados que, en sus ratos de ocio frotaba con papel de lija.

Cada día era más reducida su clientela. Al terminar cada trabajo, tenía un detractor más, que se encargaba de fomentar su descrédito. Para las extracciones, según propia confesión, era muy desafortunado. Las coronas no resistían y tenía que extraer las piezas «conminuta». Aun en su especialidad, las dentaduras postizas, sus fracasos eran numerosos. Presenció la entrega de uno de esos trabajos. Cuando la paciente se colocó la dentadura, no pudo cerrar la boca. El dentista trataba de apaciguarla, pero la cliente, que no podía hablar, hacía gestos amenazadores y sólo se calmó cuando, quitándose la dentadura, pudo insultarlos a boca limpia.

En mi corta permanencia en el campo, pude darme cuenta del efecto que ejerce sobre el campesino el caballo del médico. No sería bien considerado en su aspecto científico un médico que montara un penco innoble. Parece que mi sustituto se dio cuenta de ello, porque su caballo era el más aristocrático y más conocido y respetado de aquellos contornos. Y, en verdad, que esa fama estaba justificada. Tenía siete cuartas de alzada, color dorado y era un excelente caminador. Podía el jinete llevar en una mano una copa llena de agua hasta sus bordes y no se derramaría una sola gota. No recuerdo haber hecho una visita al campo sin que mi acompañante me relatara la historia de los antepasados de esa cabalgadura. Su padre había sido vendido en cien mo-

necias.⁷ El médico había aprovechado una ganga al comprar al hijo en veinte, a causa del temor que tuvo su dueño de que se lo requisaran con motivo de la guerra.

Enterados algunos campesinos de que había un «mediquito nuevo», a los pocos días llovieron las proposiciones de ventas de caballos. Todos ponderaban las «condiciones» de sus corceles. Les hice ver que mi corta permanencia en aquellos lugares no requeriría la adquisición de una cabalgadura.

En el terreno profesional las cosas marchaban a pedir de boca. Además del trabajo ordinario de la asistencia a los enfermos, se presentaron varios accidentes que me mantuvieron siempre ocupado.

Cierta tarde, cuando el sol con sus rayos de fuego caldeaba la atmósfera, vi dirigirse hacia mi casa una extraña caravana cuya naturaleza, de pronto, no pude adivinar. Ya, más cerca, noté que cuatro campesinos sostenían sobre sus hombros una cama colombina, en la cual venía, desmayado, un joven, casi un niño.

El caso era el siguiente: la rueda de un carro le había cruzado sobre un muslo. Lo hice colocar sobre la mesa de reconocimientos, le quité la ropa y pude apreciar los signos de una fractura completa del fémur: deformidad, crepitación, movimientos anormales, etcétera.

Tras no pocos trabajos por mi parte y de sufrimientos del paciente, logré reducir la fractura. La deformidad desapareció, los fragmentos coaptaron bien y ya iba a colocar las tablillas, cuando se me ocurrió medir la pierna fracturada y compararla con la sana. Busco un cordel y mido de la espina ilíaca anterosuperior al maléolo externo; marco ambos extremos entre el pulgar y el índice de cada mano y, dando 'la vuelta alrededor de la mesa compruebo, con gran estupor, que falta más de una pulgada para igualar la longitud de la pierna sana. Rectifico las medidas con idéntico resultado.

Pido la cooperación a los ayudantes voluntarios. Comienzo a tirar de nuevo de la pierna. Ya, extenuado, realizo una nueva medición. La pierna fracturada sigue siendo más corta que la sana. Mi estado de ánimo justificaba que hablara solo:

—Si tiene la fractura bien reducida, ¿cómo es posible que esa pierna esté más corta que la otra?

⁷ Nombre con que se designaban corrientemente los centenos españoles que equivalían en Cuba' a cinco pesos, treinta centavos.

Estoy describiendo algo que ocurrió hace más de cincuenta años. Sospecho que mi lenguaje no fue tan académico como lo expreso aquí. Pero, a pesar de estar de moda consignar en libros, revistas y poemas el más crudo lenguaje, me abstengo de hacerlo por pertenecer a una generación que no considera correcta esa costumbre.

El padre de la criatura se me acercó y, con muchos rodeos, me dijo que su hijo era cojo de nacimiento y que la pierna rota había sido siempre más corta que la sana.

—¡Hombre de Dios! ¿Cómo no me lo dijo antes?

—Usted sabe —me respondió el campesino— como usted no me había preguntado no quise abrir mi boca.

Aquello parecía una comedia de enredos. Es cierto que yo no se lo había preguntado, pero, ¿cómo iba yo a imaginarme que el muchacho fuera cojo?

Pensé que, tal vez, los hechos me colocaban en una posición ventajosa. No podría achacarse a impericia de mi parte que un cojo, después de sufrir una fractura, siguiera cojeando.

La fractura de la pierna larga, con una cicatrización con acortamiento sí hubiera sido una circunstancia privilegiada. Después de sufrir una fractura, un cojo hubiera podido dejar de cojear.

Construí un canal con un pedazo de yagua, fijé varias vueltas de esparadrapo alrededor del pie y colgué, de un curricán, una pesa de la bodega, con lo cual quedó hecho un aparato de extensión continua, rústico y primitivo, pero que realizó su objetivo.

Este y otros casos análogos me hicieron pensar que muchos problemas prácticos pueden resolverse con un poco de sentido común.

Al terminar la temporada, regresé a La Habana con los primeros honorarios ganados en el ejercicio de mi profesión, con alguna experiencia y con muy gratos recuerdos.